





La autora define a sus novelas como “constelaciones”, no sé si apuntando al peculiar método terapéutico de origen jungiano (ella ejerció como psicóloga y se adscribe a esa tendencia), pero sí a la unidad de todos dentro de galaxias lejanas, aunque vinculadas por fuerzas emplazadas más allá de su apariencia. El inconsciente colectivo está ahí. El *anima mundi*, esa infinita red de conexiones que se abren más allá de lo aparente y reduce el margen de aquello que llamamos azar. Una teoría tan célebre y hermosa como poco verificable.

De hecho, el premio a Tokarczuk, y sin duda a Handke, forma parte de la resurrección de lo telúrico. Sin embargo, pese a su raíz profundamente centroeuropea nos encontramos frente a un libro global. Su movimiento continuo por el tiempo y el espacio, que incluyen siglos y miles de kilómetros, incluso su interés, fronterizo con el morbo, por la anatomía común de los seres humanos, refuerza un ideal de unidad ajeno al pujante nacionalismo. Es, sin duda, **una llamada a la libertad, al eterno peregrinaje y a la consideración de la humanidad como un océano de diferencias** unidos por lazos de sangre que trascienden las fronteras. Su identidad polaca, tan castigada, tal vez le ayude al encuentro de ese difícil punto intermedio entre lucidez, distancia y profunda humanidad. Por otro lado, Tokarczuk es, al menos en *Los errantes*, una autora con clara vocación internacional, uno de los objetivos fundamentales de los creadores europeos, que les permite superar las débiles fronteras de su lengua. Mucho intentan lo universal partiendo de lo concreto. Ella no, Tokarczuk busca al público global partiendo directamente de lo universal.

Su formación psicológica también se percibe, claramente, en la concepción del espacio, en esa psicogeografía, tan próxima al correlato objetivo definido por **T.S. Elliott**. Utiliza el paisaje –una isla croata o el harén de un sultán– no solo para definir a los personajes sino para mostrar cómo ese espacio determina su carácter. Sin embargo, pese a tal acumulación de densidades, *Los errantes* es un libro fácil de leer. La causa: Tokarczuk sabe cómo suscitar el interés de los lectores y cada historia provoca su curiosidad desde las primeras palabras. Maneja con habilidad los resortes: el qué, el cómo y el por qué de situaciones que rompen la realidad compartida. Un ejemplo claro es la afinidad policíaca del relato de la madre y la hija que desaparecen sin dejar rastro. Además, emplea un notable sentido del humor, que suaviza su pulsión

En *Los errantes* coinciden la modernidad y la tradición más antigua. Por un lado, la sucesión de relatos interrumpidos, que se cortan y reanudan jugando con la atención del lector, resume con nitidez lo que implica la lectura en nuestros tiempos, continuamente interrumpida por miles de testigos. Se alza en testigo de un mundo fragmentado. También es antiguo, casi ancestral, por su conexión con textos fundacionales, donde también aparecían múltiples historias vinculadas, como *Las mil y una noches*, el *Decamerón* o, más próximo, *El manuscrito encontrado en Zaragoza* de su compatriota **Jan Potocki**. En conclusión, un libro muy adecuado para quien quiera aproximarse a la literatura más moderna y atrevida sin caer en un desierto de aridez.